

vecino malo y que, a hurtadillas, trata de ayudarlo, pero lo previsto no sucede y la generosidad no traspasa los límites del desinterés y el marco moral del futuro patriarca no se rompe. Hay una escena de taberna aldeana que exhibe una riña muy verídica, ocasionada por el robo de cuatro dólares, que sintetiza todo lo que se ha filmado en materia de lanzamientos de tortas y de botellas, desde Max Linder adelante. De esa riña surge un amigo solterón y gordo, que apuntala al esforzado padre de familia frente a su implacable desgracia. A pesar de que hay lluvias con exceso de aguas, inundaciones y enfermedades de los niños a causa de la desnutrición, la película tiene un acento de tragedia deportiva, que no logra desvanecer la falsa crueldad moral de la abuela y que la distancia de los modelos ya mencionados. Sólo muestra con nitidez la contextura moral del jefe de la familia, pero deja en esbozo a la mayoría de los otros personajes, entre ellos y en forma muy principal, al grupo de vecinos del cual forma parte un sobrino del amo malandrín cuyos gestos son idénticos al mudo de los Hermanos Marx. Tal vez se ha querido evitar un dramatismo exagerado, semejante al de «La Barraca», cuyo grupo no logra jamás romper en forma definitiva su fatalidad. Sin embargo el interés de la acción no decae en el curso del film, ni se destruye con esas actitudes humanamente imposibles que, con tanta frecuencia, sirven de solución a las películas yanquis.

<https://doi.org/10.29393/At253-254-228GCGM10228>

GIGANTE CHIQUITO.

Se trata de provocar risa fácil, con recursos baratos. El fondo de la película está constituido por la ingenuidad, la tontería dicho más francamente, de un campesino sin astucia, de inmejorables costumbres. El film sirve para comprobar la especialización del trabajo yanqui que tanto produce ingenieros o médicos como vendedores comisionistas. El héroe obtiene un título de esta última clase, mediante estudios por corresponden-

cia y a pesar de creer a pie juntillas en la infalibilidad del método, explicado con discos a propósito, fracasa en la realidad, como es de suponerlo. Cuando parece que la ingenuidad y la buena salud moral del héroe campesino van a destacarlo sobre los demás y hacerlo triunfar en la metrópoli, resulta que lo impone su propia estupidez. Todo lo contrario de lo que ocurre en Iberoamérica donde el huaso o el gaucho ganan las contiendas a fuerza de ser astutos y reservados. En el film yanqui, la candidez está tan amalgamada con la tontería que todos los protagonistas, incluso el público, deben «tontificarse» para compartir las alegrías y las supercherías descabelladas del ecran. No se observa esa gracia loca, pero ingeniosa, de los Hnos. Marx que distrae y divierte. No sabemos para qué categoría de público se gastan dólares en esta clase de películas. En Chile, un niño de siete años podría descubrirles su terrible desabrimiento y necesidad.

CUÉNTAME TU VIDA.

Una película anunciada con un fundamento de psicoanálisis y revisión de los sueños, interpretada, además, por grandes actores, debía, necesariamente atraer público refinado: hombres de libro gordo en la mano derecha, mujeres de cabellos platinados y mirada color nicotina. La difícil e insegura ciencia del psicoanálisis, divulgada por Freud, que significa un método de conocimiento introspectivo que puede acercarnos a la plenitud de otras épocas, se presta a la charlatanería y al disparate. No obstante, la moda no incomoda y las modas intelectuales son más apremiantes que las del sombrero o del vestido. Pero el reparto de la cinta no puede ser más promisor: protagonistas de primera categoría y cooperadores técnicos, entre los que anotamos el nombre de Salvador Dalí, como decorador, y la mención de un psiquiatra famoso que infunde seriedad a la composición del argumento. Después comienza el film bajo la invocación de un lírico epígrafe de Shakespeare. No cabe mayor exigencia en materia de «mise en scene».